

empeñado siempre tanto en persuadirnos esta misma obligación, inclinando nuestra voluntad con el hermoso cuadro de los gozos que se preparan á los justos? "Si consideramos, dice San Gregorio, cuáles y cuán grandes son las cosas que nos están prometidas en los cielos, aparecen vilísimas al alma todas las cosas que se poseen en la tierra. La sustancia terrena, lejos de ser un socorro, parece mas bien un gravoso peso, comparado con la dicha suprema: la vida del tiempo es muerte y no vida, comparada con la de la eternidad. ¿Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendimiento que sea parte á comprender toda la grandeza de los gozos de aquella ciudad celestial? ¿Cómo describir lo que será mezclarse entre los coros de los ángeles, asistir con los espíritus bienaventurados á la gloria del Creador, estar mirando frente á frente el rostro del Dios vivo, dilatar la vista por aquella Luz que baña los horizontes infinitos, no afectarse jamas por el temor de la muerte, y poseer el don de incorruptibilidad sempiterna? ¡Ah! el alma se enardece con solo escuchar estas cosas, y se siente poseída de los inflamados deseos de asistir allí donde espera gozar sin fin." Tal es, amados hijos, la recompensa prometida por Dios al dichoso que le busca en la tierra como fin último, sometándole su entendimiento, voluntad y libertad y ajustando su conducta en todo y por todo á su divina lei. Si pues, como no ha mucho decía, la grandeza del premio mide el tamaño y calcula la fuerza de una obligación, la que tenemos de buscar ante todo el último fin, es la primera en el orden, la mas fuerte en la intensidad y la mas plena en su comprensión.

14. Basta hijos míos; no era necesario tanto, para que vosotros todos, que en clase de cristianos poseéis los inapreciables dones de la fe, la esperanza y la caridad y sois del número de aquellos á quienes fué dado conocer claramente el reino de Dios por la predicación del Evangelio, os persuadáis íntimamente de la suma importancia y fuerza de esta obligación fundamental que nos liga estrechamente á todos á buscar el último fin para que fuimos creados. Las simples luces de la razon natural, el sentido común, la voz de los sabios, el ejemplo de los santos y los mismos instintos de la naturaleza lo persuaden. Desprendeos pues, os diré aquí, sobre testimonios tan autorizados, de todo cuanto puede apartaros á vosotros de este fin, pues que todo lo que no es Dios, viene á ser en sustancia vanidad, tormento y afición de espíritu: "buscad ante todo el reino de Dios y su justicia," como dice Jesucristo, y cuando los trabajos, penalidades y aficciones de la vida, el ímpetu feroz de las tentaciones, la rabia de los enemigos de vuestra alma, todos los tormentos, dolores y tribulaciones os asalten y quieran abatir, considerad que la vida pasa en un instante, y clavad los ojos en aquella patria feliz, donde no hai dolor que punze, ni zozobras que agiten, ni penas que atormenten, ni lágrimas que corran; donde todo es gozo, todo paz, todo dicha, y dicha sin mezcla, y dicha sin límites y dicha inmortal y eterna.

## PRELIMINARES

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE DIOS, CONSIDERADO COMO EL PRIMER PRINCIPIO Y AL MISMO TIEMPO EL ÚLTIMO FIN DEL HOMBRE.

*Ego sum alpha et om. principium et finis, dicit Dominus.*

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor.

Apoc. cap. I, v. 8.

## CARÍSIMOS HERMANOS É HIJOS:

1. NUESTRO manual catecismo, despues de la pregunta y respuesta que sirvió de objeto á la instruccion precedente, es decir, despues de manifestar que la primera obligación del hombre consiste nada ménos que en buscar el último fin para que fué creado, hace una segunda pregunta, y da la correspondiente respuesta con el objeto de hacer progresar naturalmente las ideas, proponiendo lo que debe seguir despues de sabida la importancia de aquella primera obligación. *¿Para que fin fué creado el hombre?* pregunta, y responde: *para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.* Esta pregunta, que al parecer debía limitarse á solo su segunda parte, que es propiamente lo que se llama último fin, el cual no puede alcanzarse sino en la otra vida, comprende tambien la carrera mortal de la humanidad, extendiendo á ella la idea del último fin. Sin embargo, el amar y servir á Dios en esta vida es poner en práctica los medios que infaliblemente conducen á su vista, goce y posesion eterna; y como estos medios son el blanco de la existencia humana, los requisitos de nuestra perfeccion moral y una señal infalible de nuestra union con Dios, pueden figurar tambien como un fin en toda la extension de la palabra. En efecto, si tan dependiente se halla una cosa de otra, que sin amar y servir á Dios en esta vida, no se le ha de ver

y gozar en el cielo; si el goce eterno de Dios viene á ser en cierto modo una continuacion de su goce temporal mediante nuestra fiel consagracion á su servicio, muy bien ha podido decirse que ha sido creado el hombre para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.

2. Hai mas todavía: el sabio catequista quiso elevarse hasta esa altura que todo lo domina, llamando al hombre hácia Dios, no solo para la eternidad sino tambien en el tiempo. Dios es el fin del hombre: ved aquí una verdad absoluta, evidente, simple, infraccionable: es el fin del hombre desde que el hombre existe, lo es durante todos los instantes de su existencia: en suma, Dios es el fin del hombre en esta vida y en la otra vida tambien. ¿Cómo lo es en esta vida? como el objeto de nuestro culto, el Supremo Legislador á quien debemos cumplida obediencia, y el infinito bien que debe ocupar exclusivamente nuestro corazon en sus deseos, en sus tendencias, en sus mas inflamadas esperanzas: Dios es el fin del hombre en la otra vida, como su porcion, su merced, su recompensa, su corona, su gloria, su felicidad pura, suma é inamisible. Todavía mas: Dios es el fin del hombre en esta vida, como nuestro primer principio, nuestro Creador, nuestro Soberano, como el Ser á quien debemos estarle sometidos; y lo es en la otra como nuestro fin último: Dios es en la vida fin inmediato y próximo, y es despues de la vida fin último, fuera del cual no hai ni puede haber otro fin.

3. Estas breves reflexiones, amados hijos, están poniendo de manifiesto que la gran ciencia de nuestro último fin parte de Dios y en Dios termina; y debemos comenzar á estudiarla considerando nuestro primer principio, porque es claro clarísimo que con solo saber de dónde venimos y cómo hemos sido hechos, basta para descubrir á dónde vamos y con qué fin hemos sido creados: estudio importantísimo que podemos hacer á la doble luz de la razon y la revelacion, pues que la una nos dirige y encamina y la otra nos perfecciona. Siguiendo pues, esta idea, dedico la instruccion presente á manifestaros en primer lugar que Dios es nuestro primer principio, y á enseñaros en segundo cómo es al mismo tiempo nuestro último fin: ideas comprendidas ambas en las palabras de mi texto: *Ego sum. . . . . principium et finis.*

## I.

4. Por mucho que se fatigase la inteligencia para buscarle al hombre otro principio que el mismo Dios, nunca podría desprenderse de ese aguijon continuo que la conciencia, la humanidad y el universo ponen á su discurso para buscar siempre una causa única del ser limitado, del ser que nace y muere. Si consulta á la historia, ella le presenta un primer hecho, un principio del ser, obligando á la razon misma por la fuerza de la demostracion á una de dos cosas, ó á buscar en el Ser increado la causa de las existencias todas, ó á replegarse tontamente, digámoslo así, en los abismos de la nada, para volver, despues de tantas investigaciones y trabajosas conjeturas, á establecer como principio de la ciencia la duda universal. Hai un hecho antiguo como el mundo, constante como lo mas palpable, un hecho que ha estado á la vista de la ciencia incesantemente desde el principio de las cosas. ¿Cuál? que todo lo que se ve, oye y palpa, esto

es, el universo físico y el mundo moral, han tenido principio, y por consiguiente han tenido causa; porque todo ser que comienza es un efecto, y todo efecto supone una causa. Yo no me puedo concebir sin mi padre, ni á mi padre le puedo concebir sin el suyo; há aquí dos eslabones, pero eslabones que forzosamente han de repetirse hasta llegar á un primer hombre que haya venido de una causa diferente de la mia, de un principio que no haya tenido otro principio; porque si la causa de donde hubiese venido el primer hombre tuviera principio, estaría tambien en mi caso de nacer y morir, y esto me pondría en la necesidad de caminar mas adelante, para buscar ó descubrir ese principio sin principio, esa causa sin causa, esa esencia del ser ó Ser por esencia, por el cual clama incesantemente la ciencia para sacudir sus trabas, marchar con luz y establecer la realidad en el cuerpo de sus demostraciones, al cual suben una tras otra las existencias antiguas, ó mas bien la inteligencia que las estudia, como á una fuente indispensable, como á un punto de partida que necesariamente suponemos y por precision hemos de hallar so pena de ignorarlo todo. Dios es por lo mismo el Ser necesario: necesario en sí por su esencia; necesario en las existencias creadas, como causa; necesario en la razon, como principio y como luz; necesario en todo, como pensamiento, como poder, como Providencia. El nombre de este Ser eterno está escrito en todas partes con caracteres indelebiles: en la superficie de la tierra, en las profundidades de los mares, en las bóvedas del cielo, en la inteligencia del hombre, en el corazon de toda la humanidad. En él comienza todo, y solo él no empieza jamas; con él se explica todo, y sin él nada se comprende; en él vive todo, y sin él todo volveria á la nada. Contad con Dios, y la historia será para vos el trasunto de la realidad, y la filosofia la luz que descubre las relaciones de los seres, y la ciencia el fanal que ilumina los horizontes de la inteligencia, y la lei una fuerza superior que mantiene las armonías constantes del universo físico, y un poder eficaz que, sometiendo al hombre sin encadenarle, concierta la libertad con el orden en el vastísimo y variado conjunto del mundo moral. Prescindid empero de Dios, y entónces se convertirán infaliblemente la historia en fábula, el universo en quimera, la ciencia en ficcion ó conjetura, la lei en fuerza brutal, el orden en tiranía, la libertad en desenfreno, el hombre en un enigma, y el vastísimo cuadro de las existencias, en un caos mil veces mas impenetrable y profundo que el primero.

5. Esta primera verdad sirve al alma de un punto de partida, para comprenderse á sí misma, concebir de su naturaleza las mas nobles ideas, hallar la forma de su vida moral, conocer su destino y sorprender así mismo su último fin. "Hai un Dios, se dice á sí misma: no puede dejar de haberle; porque sin él no me comprendo, ni comprendo nada de lo que existe; porque yo le necesito en mi razon, en mi memoria, en mi discurso, en mis instintos, en mis sentimientos, en mis aspiraciones, en mi presente, mi pasado y mi porvenir: no le veo, porque mis sentidos no pueden levantarse á su esencia; pero le siento en mí misma: no le oigo hablar, pero conozco su palabra, la creo sobre cuanto los sentidos pudieran enseñarme. En él está mi fuerza y el objeto exclusivo de mi amor: es la verdad infalible, y por lo mismo le rindo el vasallaje de mi razon: es la omnipotencia y la bondad, y por lo mismo descanso plenamente colocando en sus manos mi destino: es el bien infinito, y por tanto haré mi travesía por la tierra, y no me detendré

nunca sino hasta que descansa en él. Yo soi luz de su luz, ser de su Ser, concepcion de su inteligencia infinita, efecto de su poder, objeto de su amor. Vengo de Dios: él es mi principio. Si vengo de Dios, á él pertenezco: si es mi principio, es tambien mi fin."

6. De esta suerte, amados hijos, con solo atender á lo que somos, basta para descubrir la economía de nuestro ser; la cual á su turno, mostrándonos bien cómo hemos sido hechos, nos conduce como por la mano al conocimiento del fin para que fuimos creados. Todo tiene un fin, porque todo presupone una razon y un designio. Entre cada uno en sí mismo, llame á la revisien todos sus actos, y no encontrará uno solo sin razon y sin objeto. Esta razon que á todo preside, este objeto que siempre manifiesta el por qué de lo que hacemos, nos dan la idea de nuestra superioridad en la escala de los seres creados que habitan este globo sublunar; por esto el hombre domina al bruto y dispone soberanamente de la materia inerte que le está sometida; por esto, para servirme del bello pensamiento de un autor, "anima el mármol y hace respirar el bronce con un cincel en la mano, y bajo el pincel del artista se transforma el tosco lienzo en una perspectiva encantada." No sería el hombre soberano de la creacion, como le llama el Génesis, si el pensamiento que concibe, no se concertara con la prevision en el gran sistema de las causas y de los efectos creados. La creacion, pues, este inmenso cuadro donde el hombre figura en el lugar mas excelente, siendo la obra de todo un Dios, presupone un designio concebido en su mente infinita, una voluntad representada en el sublime *fiat* que todo lo produce, y por consiguiente, un fin digno de su pensamiento y de su accion, un fin digno del mismo Dios. Busquemos este fin en la vastísima escala de lo creado. ¿Cuál es el fin de todas las creaturas que no están dotadas con el alto privilegio de la razon? El hombre. "Todo lo habéis puesto á sus piés, dice David, los rebaños de ovejas, los ganados todos, el no domado bruto de los bosques, y los mansos animales de los campos, y las aves del cielo, y los peces de la mar." Si las otras creaturas han sido hechas para el hombre, el hombre habrá sido creado para Dios. La consecuencia no puede ser mas recta. Dios, pues, como causa primera de cuanto existe, tiene incontestablemente sobre el hombre un dominio esencial, supremo, absoluto, universal, eterno, irresistible; esencial, porque es el Ser necesario, y el hombre el ser contingente, y como no puede ni existir, ni aun siquiera concebirse el ser contingente sin el Ser necesario, el dominio de éste sobre aquel es un dominio esencial; dominio supremo, porque nada hai ántes de Dios, nada sobre Dios, nada sino por Dios: dominio absoluto, porque ni aun imaginarse puede límite ó restriccion alguna que mengüe ó circunscribe los derechos de Dios sobre sus creaturas. "¡Oh hombre, dice el Apóstol, en el cap. IX, v. 20 de la epístola que escribió á los romanos, ¡quién eres tú para reconvenir á Dios? Un vaso de barro dice acaso al que le labró: ¿por qué me has hecho así?" dominio universal, pues no tiene por cierto el hombre, ni en los elementos constitutivos de su ser, ni en el espacio que ocupa, ni en el tiempo que mide su carrera, nada que no pertenezca y que no esté sujeto á Dios: dominio eterno, porque los derechos del Altísimo, esenciales como su ser, no

tienen principio ni término tampoco; y porque, habiendo hecho al alma inmortal, nunca dejará de tenerla sometida; dominio, en fin, irresistible: véamos con qué noble magestad hace palpar el dominio de Dios sobre el hombre bajo este respecto el Profeta-Rey:

¿De tu mirada penetrante á dónde

Escaparme pudiera yo, Dios mio?

¿Dónde esconderme de tu faz augusta?

Si á los cielos me encumbro, allí estás tú;

Si al abismo desciendo, allí te encuentro;

Si al rayar de la aurora, en el espacio

Con las alas del ave me perdiera,

O si, rompiendo, como pez, las ondas

Bájo al asiento de la mar profunda,

En todas partes por tu mano excelsa

Sorprenderíame siempre conducido,

En todas partes por tu mano excelsa

E irresistible me veria estrechado.

Las tinieblas tal vez, yo me decia,

Ocultárame con su denso velo:

¡Vano esperar! la oscura, triste noche,

Cual espléndida luz, en mis placeres,

Que intentaré cubrir, á tí me muestra.

No hai velos que detengan tu mirada:

Es para tí la noche como el dia:

De éste la luz, de aquella las tinieblas

Por igual resplandecen para tí.—Ps. CXXXVIII.

7. Tal es el dominio de Dios sobre nosotros, tan absoluta la dependencia en que nos hallamos de su voluntad. Resulta de aquí, como un consiguiente preciso, que el hombre es todo para Dios, y en consecuencia que Dios es el último fin para que fuimos creados; pero estudiemos con mayor detenimiento esta importantísima verdad.

8. Ora consultemos á la razon, ora preguntemos á las creaturas, ora reflexionemos en nuestra experiencia misma, ora finalmente prestemos un oído atento á los sublimes oráculos de la fe, todo nos manifiesta con signos evidentes que Dios es, no solamente nuestro principio como causa omnipotente de todas las cosas creadas, sino tambien nuestro último fin como centro único de todas las relaciones consiguientes á la creacion. Verdades son estas que se manifiestan por sí mismas; porque el mas sencillo uso de la razon basta para conocer: primero, que el hombre ha sido creado para un fin; segundo, que el conocimiento de este fin se identifica en cierto modo con el conocimiento de nuestra naturaleza; tercero, que el exámen de la naturaleza humana, donde vemos dos potencias, una para conocer, que se llama entendimiento, otra para amar, que se llama voluntad, nos manifiesta claramente que ha nacido el hombre para la felicidad, puesto que la adquisicion de la verdad objeto del entendimiento, y las aspiraciones al bien objeto de la voluntad, vienen á refundirse todas en el deseo de la felicidad; cuarto,

que esta felicidad no ha de tener mezcla de pena, porque la pena es contraria al goce; no ha de tener límites, porque el corazón humano es insaciable; no ha de tener término, porque el alma es inmortal: quinto, que una felicidad pura, exenta de todo mal, una felicidad suma que abraza todo el bien, una felicidad sin término que no se tema perder, no puede encontrarse por cierto ni en lo que la tierra contiene, ni lo que el tiempo mide, ni en lo que la muerte acaba; no se halla ni en el talento mas agigantado, ni en el saber mas profundo, ni en las riquezas mas cuantiosas, ni en el poder mas extenso, ni en los placeres mas delicados, ni en la celebridad mas prodigiosa, ni en la humana gloria mas ilustre. Débiles destellos de aquella luz que no tiene nacimiento ni ocaso, ruines figuras de aquella magnífica realidad que descansa en los cielos, remotísimos términos de analogía, que han menester, para servir de algo, de perder sus límites y cuanto tienen de imperfecto, todas estas cosas no merecen el nombre de felicidad. "Yo ví al impío, exclama David, encumbrado mas allá que los soberbios cedros del Líbano; di el paso, y ya no existía." "El hombre, nacido de la mujer, decía Job, vive poco tiempo, "y está siempre henchido de miserias." Salomon, aquel soberbio monarca que acertó á poner al pié de su trono todos los poderes, todas las grandezas y todas las glorias, que buscó, encontró y apuró todos los placeres, que hizo al Oriente tributario de su sabiduría, y al mundo entero admirador de su prosperidad y de su gloria, quiere resumir en una palabra todas esas cosas, quiere abarcar en un solo término cuanto por mas ilustre, grandioso y deleitable codicia el hombre y encarece el mundo, y despues de haber paseado una mirada sobre todo, pronuncia esta palabra que es al mismo tiempo el nombre y el juicio de la felicidad de la tierra: "Vanidad de vanidades y todo vanidad."

9. De estos desengaños pártse el hombre para buscar esta felicidad, que se le escapa, en otra parte que no sea él mismo, ni los otros hombres, ni la tierra: vuelve á su primer principio, vuelve á Dios que le creó á su imagen y semejanza, y en él encuentra todos los caracteres únicos de esta felicidad para la que ha sido hecho, en él encuentra la verdad suma y sin eclipse, la verdad que todo lo comprende y en la cual se ven el principio, el medio y fin de todas las cosas: allí descansa el entendimiento y se anima contemplando aquella relacion misteriosa que abraza lo presente, lo pasado y lo futuro, lo existente y lo posible, y que puede mirarse como el secreto de la verdad: allí la voluntad humana descubre lo único que puede fijarla para siempre, lo único que la hará pronunciar el hasta aquí de sus aspiraciones, el goce que nunca se interrumpe, la satisfacción plena y tranquila de cuanto pudiera desear, la vida por excelencia, el bien que no tiene límites de comprension ni término alguno de duracion.

10. Así es, hijos míos, como la razon con sus discursos, la experiencia con sus lecciones, el corazón con sus sentimientos, conducen como de la mano al hombre á mirar en Dios su único y último fin. Entónces comprende cómo todo lo hizo Dios para sí mismo, según dice el Sábio, cómo él es el principio y el fin como se nos anuncia por la boca de San Juan en el misterioso libro del Apocalipsis; y de esta primitiva verdad moral mira desprenderse la misteriosa cadena de las leyes divinas, que viniendo de Dios para llegar al hombre, comienzan en la tierra y en el tiempo la union de dicha perdurable que ha de consumarse en el cielo y en la eternidad.

## PRELIMINARES

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## OCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE EL MODO CON QUE DEBEMOS SERVIR A DIOS EN ESTA VIDA PARA VERLE Y GOZARLE EN LA OTRA COMO NUESTRO ULTIMO FIN.

*Nunc autem manent fides, spes et caritas: tria hæc. Major autem horum est caritas.*

Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad: pero de las tres, la caridad es la mas excelente de todas.

I. Cor. cap. XIII, v. 13.

### CARISIMOS HERMANOS É HIJOS:

1. No basta saber que la primera obligacion del hombre consiste en buscar el último fin para que fué creado, ni tampoco adquirir el conocimiento de este fin sabiendo que es Dios, tanto en esta vida como el objeto de nuestra sumision y nuestro culto, cuanto en la otra como el centro de nuestros deseos y la esencia de nuestra felicidad. Es necesario descender á la parte práctica, indagando escrupulosamente de qué modo ha querido Su Magestad que le sirvamos, qué homenajes debemos tributarle y de qué manera debemos conducirnos. Por esto nuestro manual catecismo, sin abandonar un punto el órden mas natural de las ideas, despues de haber inculcado la fuerza de la primera obligacion, y enseñado que fué creado el hombre para amar y servir á Dios en esta vida y despues verle y gozarle en la otra, pregunta: "*¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?*" y responde: "*con obras de fe, esperanza y caridad,*" dando á conocer en seguida que el precepto de la fe nos manda que "*creamos en Dios como en infalible verdad,*" el de la esperanza, "*que esperemos en Dios como en poder infinito,*" y el de la caridad, "*que le amemos sobre todo como á bien nuestro.*"

2. Es tan grande la importancia de esta doctrina, que sin ella seria mui incompleta, podría ser errónea en su parte práctica y aun monstruosa tal vez, la ciencia de nuestro

fin último. Todos los pueblos de la antigüedad han tenido alguna idea de Dios, han sentido en cierto modo su existencia, se han empeñado en estudiarle, le han erigido templos, le han tributado culto; y sin embargo de todo esto, ¡qué errores tan groseros! ¡qué prácticas tan absurdas! ¡qué cultos tan abominables! Cosa es para maravillarse, reconocer que los que anduvieron mas cuerdos en las escuelas de los antiguos filósofos fueron aquellos que unieron en una expresión compendiosa la enunciaci6n de la certidumbre con la reserva de la duda, dirigiendo sus tributos al Dios desconocido: *Ignoto Deo*. Esto es como si hubiesen dicho: "hai un Dios, en esto no cabe duda; esto se percibe, se siente, se demuestra: es preciso no tener el uso de la razon, es preciso no contar ni aun con una chispa de inteligencia, para negar que Dios existe. Pero quién sea este Dios, en qué consista su esencia: hé aquí el arcano, hé aquí las santas tinieblas del misterio. Hai un Dios; pero no sabemos quién es, un Dios existente y al mismo tiempo desconocido para nosotros: *Ignoto Deo*."

3. ¡Qué mucho, amados hijos, que desprovistos de las primeras ideas acerca de Dios aquellos pueblos entre quienes no habia brillado todavía la luz de la revelacion, y sumergidos en las mas espesas tinieblas acerca de las relaciones entre Dios y la naturaleza humana, y de la historia de esas relaciones en el curso de los siglos, no atinasen con la ciencia del culto y de la obediencia, no supiesen el modo con que Dios habia de ser servido como nuestro primer principio ni las condiciones para verle y gozarle como nuestro último fin? Pero ya, gracias á Dios, estas tinieblas se disiparon, y cuatro palabras de la doctrina católica nos dan la clave de toda la ciencia, como acabáis de verlo en las cuatro preguntas de nuestro catecismo sobre las obras con que se sirve á Dios principalmente. La simple enunciaci6n de estas ideas da toda la luz que se necesita; pero á mayor abundamiento, yo debo manifestaros aquí, y tal es el objeto de la instruccion presente, cómo se sirve á Dios principalmente con obras de fe, esperanza y caridad.

4. Habéis visto que Dios es nuestro primer principio, pues de él venimos por creacion, y tiene un derecho incontestable á nuestros homenajes, á nuestra obediencia y á nuestro servicio por el dominio correspondiente al hecho de habernos dado el ser, y que es tambien nuestro último fin, porque no nos hizo semejantes á sí, sino con el intento de hacernos para sí, dándonos á un mismo tiempo una naturaleza limitada en sus facultades como todo ser finito, y una alma inmensa en sus aspiraciones como un ser inmortal. No resta, pues, sino indagar los medios para llenar la condicion de servir á Dios en esta vida, puesto que solo así se le ha de ver y gozar en la otra. Conocimiento es este de la mas grande importancia, como desde luego se percibe, y por tanto descendiendo hasta aquí nuestro catecismo cristiano. Estudiemos bien su respuesta, que encierra un gran sentido, y con solo esto nos colocaremos en el camino real de la bienaventuranza.

5. Sírvese á Dios principalmente, dice, *con obras de fe, esperanza y caridad*. Hé aquí lo que hizo decir á San Pablo, que ahora, esto es, durante la presente vida, permanecen aquellas tres virtudes en el hombre: porque despues de la muerte no queda ya sino únicamente la caridad, pues consistiendo en el amor de Dios, no puede terminar con la vida, y por lo mismo es la mas excelente de todas: *Nunc autem manent fides, spes, charitas: tria hæc. Major autem horum est charitas*. Veamos, pues, cómo las obras de

estas tres virtudes se necesitan y bastan para servir á Dios como quiere ser servido, y adquirir los derechos de gracia que con esta condicion quiso concedernos para la vida eterna.

6. He dicho en primer lugar, que se necesitan estas tres virtudes en ejercicio, porque sin fe no hai salvacion, sin esperanza no hai salvacion y sin caridad no hai salvacion.

7. *¿Qué nos enseña la fe? que creamos en Dios como en infalible verdad. ¿Qué es la fe en nosotros? Una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creamos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone*. Si pues no creamos en Dios como en infalible verdad, y carecemos de esta luz infusa que somete nuestra razon ilimitadamente al dominio de su palabra, resulta: en primer lugar, que negamos con nuestras obras la veracidad infinita de Dios; en segundo lugar, que renunciamos á la verdad revelada y quedamos reducidos á los recursos limitadísimos de la razon; en tercer lugar, que no conocemos á Dios como quiere ser conocido. ¡Y podrá, hijos carísimos, servir á Dios en esta vida el que niega su veracidad infinita, ó el que confesándola, desmiente su palabra, pues esto quiere decir no creer lo que Dios revela? ¡No sería negar á Dios el negarle uno solo de sus atributos, y por consiguiente apartarse de Dios? ¡No sería levantar un impenetrable muro entre su entendimiento infinito y el nuestro limitado? Luego con solo atender á la primera de las consecuencias dichas, basta para convencernos de que no sirve á Dios en esta vida el que rehusa el homenaje de su asenso á su divina palabra.

8. *¿Y os parece poco el renunciar á las verdades reveladas? No lo creo así; porque la revelacion es la verdad en su ser infalible, en su gran plenitud, en su mayor universalidad*. Si en el órden puramente natural tenemos un criterio seguro para adquirir la certidumbre de cierto género de verdades, esto mismo, hijos míos, es una gracia de Dios; porque si no nos hubiese dado las facultades y potencias que se requieren para discernir la verdad del error, adhirerinos á la una con firmeza y repeler el otro, y tendríamos por cierto ni la mas pequeña luz para salir de nuestras tinieblas, ni el mas remoto medio para conocer las verdades naturales. Con que si esto sucede tratándose de ese círculo que la razon domina, ¡qué se dirá cuando se trata de la verdad en su esencia, de aquellos supremos é inaccesibles arcanos depositados *ab æterno* en la mente de Dios y colocados tan léjos de nuestra pobre inteligencia, como lo está el cielo respecto de la tierra y la eternidad del tiempo? ¡Quién conocería nunca la naturaleza de Dios, si Dios mismo no se hubiese dignado manifestarse á los hombres? Díganlo si no aquellos monstruosos inventos de la antigüedad pagana, que andando entre una luz y una oscuridad impenetrable, conociendo por una parte sin la menor duda que hai un Dios pero no sabiendo quién fuese, divinizó la naturaleza toda, se prosternaba delante de un cocodrilo, inmolaba sus víctimas á un buel, y erigió altares á las pasiones mas vergonzosas y á los vicios mas abominables. De esta suerte vemos á la razon vagar sin sendero y sin rumbo cuando no cuenta con la luz de la fe. ¡De qué podría servirnos pues, conocer

que Dios existe, si por otra parte ignorásemos su naturaleza y no tuviésemos la menor noticia de sus designios y voluntad acerca de nosotros? Luego, en segundo lugar, el solo hecho de renunciar á la luz de la fe que nos comunica estas verdades, importa nada ménos que una separacion absoluta de Dios y una imposibilidad de servirle.

9. La tercera consecuencia de la falta de fe consiste en no conocer á Dios como quiere ser conocido. Ahora bien: conocer á Dios como quiere ser conocido es, como luego se advierte, someter nuestro entendimiento limitado á su entendimiento infinito, unirnos á Su Magestad con la primera de nuestras potencias, rendirle dóciles y sumisos el vasallaje de nuestra razon. ¡Qué se infiere de aquí, amados hijos! que por una razon contraria el negarnos á conocer á Dios como quiere ser conocido, importa oponer nuestro limitado entendimiento al suyo infinito, separarnos de Su Magestad con la primera de nuestras potencias, é insultar su soberanía con la rebelion de nuestro entendimiento. Luego la tercera consecuencia de la falta de fe importa un rompimiento con Dios por el lado de la inteligencia, una guerra ímpia del orgullo de la razon á la palabra infalible del Altísimo.

10. Si á estas reflexiones quisiésemos añadir los fuertes argumentos que nos ministran las sagradas Letras, yo pudiera citaros muchísimos lugares de ellas que lo comprueban; pero en obsequio de la brevedad, os hablaré de lo que ha decidido la Santa Iglesia católica por el órgano de sus concilios. “El Santo Concilio de Trento dice en tres palabras cuanto pudiera apetecerse para tener evidentemente reconocida y dejar incontestablemente sentada la necesidad de la fe en su mas grande extension y latitud. *La fe es el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion:*”<sup>1</sup> he aquí en su traduccion literal el texto á que aludo. Se trata pues de nuestra justificacion; y con decir esto, se ha dicho todo: porque nuestra justificacion es nuestra plena felicidad, y nuestra felicidad es, no diré que el primero y principal, sino el único y total objeto de nuestra existencia. Ya consideremos pues al hombre en el órden de sus facultades naturales, ya en el órden superior en que le coloca la Iglesia, no hai para él una necesidad mas preciosa, mas urgente ni mas universal, que la de adquirir esa virtud que hace nacer, que apoya y consolida por último su justificacion. La fe pues, es absolutamente necesaria, como lo es para todas las cosas el gran principio de su ser, el elemento de su conservacion y el requisito de su perpetuidad. Pero oigamos á este propósito á uno de los primeros sabios de estos últimos tiempos, á cuyo talento analítico debemos el siguiente desarrollo que ha hecho del texto citado.

11. “La fe es el principio de nuestra justificacion. Ella es la que con su antorcha en la mano conduce al hombre por los caminos de la perfeccion, le hace recorrer la serie gloriosa de todas las virtudes cristianas, abriéndole la puerta del sagrado recinto donde residen. Allí le introduce, se las hace conocer, y derramando sobre ellas todo su esplendor, las hace brillar igualmente á la vista del hombre con la luz que les es propia y con la claridad que ella les comunica.

12. “La fe es el fundamento de nuestra justificacion: porque sobre ella está estable-

1. Sess. 62. decc. de justif. cap. VII.

cida y en ella reposa y se afirma el edificio de nuestra salud. Sacondid esta base fundamental, y veréis desmoronarse inmediatamente y caer deshecho en ruinas el edificio todo; pero que su base permanezca sólida, el edificio entónces con facilidad será conservado, ó si experimenta alguna degradacion, será reparado con toda prontitud.

13. “La fe es la raiz de nuestra justificacion, de este árbol de vida que debémos cultivar con un esmero continuo: raiz profunda que comunica á todas sus ramas y hace circular por todas ellas el jugo vivificador: raiz firme que sosteniéndole con seguridad y fijándole con fuerza, le hace desafiar las borrascas y las tempestades: raiz fecunda que le enriquece con saludables y abundantes frutos, y que á causa de esto la llama el Sabio <sup>1</sup> *raiz de nuestra inmortalidad.* <sup>2</sup> Pasemos á la esperanza.

14. Esta consiste, como lo enseña nuestro catecismo, *en esperar la bienaventuranza y los medios de ella.* Esta confianza que nos anima, y sostiene los pasos del cristiano en la vida presente, tiene su fundamento en la fe. ¿Por qué? Porque el *creer en Dios como en infalible verdad* nos da una seguridad plena de que puede y quiere cumplir las promesas que nos hace. La revelacion divina contiene, hijos carísimos, no solamente verdades que debemos creer, sino tambien promesas de gracia y gloria que debemos esperar. Si pues el conocimiento de un Dios nos basta para dar á la verdad que nos enseña, mas crédito que á lo que vemos y tocamos; la confianza en su bondad infinita funda competentemente la seguridad que nos inspira con sus promesas, de que socorrerá nuestra naturaleza con su gracia para cumplir su divina lei, y recompensará con el otorgamiento de la gloria nuestra fidelidad en observarla. Aplicad ahora estas nociones de incontestable verdad y profunda solidez á nuestro asunto, y quedaréis plenamente persuadidos de que no sirve á Dios el que no espera en Dios. Si Dios nos ha hecho promesas de que nosotros tenemos conocimiento, ¿cómo podría excusarse nuestra desconfianza, ni cómo desconfiando de Dios podríamos obtener lo que prometé solo al que confia, y cómo careciendo de esta promesa, que es la gracia, podríamos cumplir la lei divina, poseer la virtud y conquistar el cielo? “¡Ay de vosotros, decia el Señor por la boca de Isaías, hijos rebeldes y desertores que formáis designios sin contar conmigo: y urdís una tela, y no segun mi deseo, para añadir pecados á pecados!” (Cap. XXX v. 12) Si el hombre, amados hijos, no ha de poner su confianza en Dios, ¿en dónde la pondrá? ¿En otro hombre? “Maldito sea el hombre que confia en otro hombre, y no en Dios, dice el Señor por la boca de Jeremías, (cap. XVII vv. 5 y 6) y se apoya en un brazo de carne miserable, y aparta del Señor su corazon. Porque será semejante á los tomariscos ó retama del árido desierto; y no se aprovechará del bien cuando venga, sino que permanecerá en la sequedad del desierto, en un terreno salobre é inhabitable.

15. “Estos lugares de la Santa Escritura muestran con toda claridad los designios de Dios con respecto á los hombres, y al mismo tiempo el gran zelo que tiene de que se le reconozca é invoque, como el centro único de la esperanza. ¡Qué dirémos de aquellos que colocan su esperanza en sí mismos? *Obra con impiedad,* dice el Sabio, *quien*

1 Sap. cap. XV. v. 3.

2 LA LUZERNE. Considérations sur divers points de la morale chrétienne. SUR LA FOI. Núm. 1.

pone su confianza en sus propios pensamientos: <sup>1</sup> Llegará el día en que su espíritu salga y él vuelva á la tierra, y entonces perecerán todos sus pensamientos. <sup>2</sup>

16. Sería necesario escribir un libro, si quisiésemos recopilar cuanto Dios nos ha revelado sobre esta importante virtud: baste decir, que la esperanza es el espíritu que anima, explica y desenvuelve todos los acontecimientos del antiguo pueblo, y la que presidió á la misión augusta que Jesucristo consumó en la tierra: es el principio de todos los grandes y nobles sentimientos que nos hacen superiores á nosotros mismos, es el vínculo que ata la fe con la caridad. La fe, disipando todas las tinieblas de las pasiones y de la razón; nos muestra al mismo tiempo nuestro destino y los medios de alcanzarle; y la caridad nos hace amar con ternura y sobre todas las cosas ese bien supremo, que la esperanza nos dice está destinado para nosotros.

17. Es la caridad el amor de Dios sobre todas las cosas: este amor es la consagración de todo nuestro ser al cumplimiento de su lei, y esta lei no está circunscrita á nuestros deberes religiosos, sino que se extiende á nuestros deberes individuales y sociales: porque quien á estos deberes falta, no sirve á Dios, quebranta su lei y muere para la caridad. Ahora bien, amados hijos, pues que trato de probaros que sin caridad no se sirve á Dios, os recordaré lo que dice á este propósito nuestro manual catecismo, y tened presente que la santidad en el alma es el estado de su perfecta union con Dios. *¿Quién es ante Dios el mayor y mas santo?* pregunta, y responde: *el que tiene mayor caridad sea quien fuere.* Luego el que tiene menor caridad es menor y ménos estimable para Dios, y el que no tiene ninguna es un ser maldito, abominable, condenado á la muerte eterna. La consecuencia no puede ser mas exacta. Una alma sin caridad es una alma en pecado, una alma sin Dios, una alma sin gracia, y en consecuencia sin poder ninguno para el bien; una alma sin paz y sin gloria, presa de los torcedores crueles y objeto destinado á las llamas. *¿Por qué así, amados hijos?* porque el pecado en el alma *quita la caridad y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y la condena al infierno.* *¿Queréis saber lo que es la caridad en sus relaciones con nuestro último fin, y cómo sin ella no somos nada, no merecemos nada, no hemos de gozar de nada?* Escuchad al apóstol San Pablo: "Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres, dice á los Corintios en los tres primeros versículos del cap. XIII de su Epístola primera, y el lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena ó campana que retiñe. Y cuando tuviese el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase los montes de una parte á otra, no teniendo caridad, soy nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregase mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada."

18. No pasaré de aquí, amados hijos, tratando de probaros que sin fe, esperanza y caridad no se sirve á Dios en esta vida, y por consiguiente no se le ha de gozar en la otra. Estas tres virtudes, pues, son, en primer lugar necesarias. Réstame probaros que son suficientes.

<sup>1</sup> Prov. cap. XII, v. 2.

<sup>2</sup> Ps. CXLV, v. 4.

## II.

19. Ora consideremos estas virtudes en sus relaciones con la perfección moral del hombre, ó bien como los vínculos que le unen con su Dios, encontráremos en su conjunto una verdadera plenitud. *¿Cuáles son las facultades del alma?* Dos: el entendimiento y la voluntad; y por cuanto en esta se halla la simple facultad de amar ó aborrecer, y la libertad, podrémos considerarlas todas como tres, para discurrir sobre el punto que nos ocupa con mayor método, conviene á saber: el entendimiento, la voluntad y la libertad. *¿Cuál es el fin del entendimiento?* conocer la verdad. *¿Cuál es el objeto de la fe?* la verdad. Pues bien: el entendimiento sin la fe podrá contar cuando mucho con la verdad natural, y como fuera de esta queda otra, claro es que sin la fe no toca el entendimiento á su plenitud: el entendimiento con la fe posee la verdad natural y la verdad revelada; y como fuera de estas no queda otra verdad, resulta que el entendimiento con la fe toca exactamente á su plenitud.

20. *¿Cuál es el objeto de la voluntad?* el bien. Verdadero ó aparente, siempre el bien es de hecho el objeto de la voluntad. Sus tendencias al objeto se manifiestan, como ya he dicho, por el amor ó el aborrecimiento; pero siempre que ama, tiene como un bien el objeto amado aun cuando no lo sea; viceversa, cuando aborrece, le tiene como un mal aun cuando no lo sea. Determináse por el instinto, la necesidad ó la razón; pero como hai necesidades facticias, creadas tal vez por hábitos viciosos, como hai preocupaciones, tinieblas y otros obstáculos para el buen uso de la razón, claro es que no siempre lo que ama es un bien, ó lo que aborrece es un mal. Pero sea de esto lo que fuere, hai un concepto en que no cabe duda ninguna: si la voluntad nada ama sino bajo la razón de bien, ni aborrece ó repele nada sino solo bajo la razón de mal, clarísimo es que en la adquisición del bien está la perfección de la voluntad. Observemos ahora que para poseer el bien se necesitan dos cosas: una que proporciona el entendimiento cuando enseña dónde está y en qué consiste; y otra de que la voluntad ha menester precisamente, y es un medio eficaz para conseguir el bien que se conoce y desea. Esto segundo es tan indispensable, que si no lo hubiese nos desesperaríamos. *¿A qué conduciría el conocer el bien y saber dónde estaba, si viéndole y deseándole con vehemencia no pudiésemos alcanzarle?* La luz del entendimiento en este caso sería una funesta luz, que no brillaría sobre nuestra alma sino para hacer mas intenso el tormento de la necesidad. Es pues necesario contar con medios eficaces y seguros para llegar á la posesión de este bien positivo y sólido que nos muestra y señala el entendimiento ilustrado por la fe. *¿Y basta, hermanos carísimos, la voluntad para conseguirle?* No, porque si en Dios querer es poder, pues en esto consiste su omnipotencia, siendo cierto, como nos lo inculca nuestro catecismo, que Dios es todopoderoso porque *con solo querer hace cuanto quiere*; no sucede lo mismo con la voluntad humana, la cual solo es querer. Luego para que la voluntad consiga el bien que conoce y quiere, necesita quien se le dé, quien le proporcione los medios de alcanzarle, quien auxilie sus fuerzas en la noble y difícil tarea de poseer la virtud y conquistar la gloria. *¿Y quién es el único que puede dar el bien y los*

medios para alcanzarle? ¿de quién depende la adquisición de la virtud y la conquista del cielo? De Dios, porque solo en El querer es poder. Ahora bien: ¿qué nos enseña la esperanza? *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* ¿Qué es lo que debemos esperar? Que se cumplan en nosotros sus promesas. ¿Qué es lo que nos ha prometido? La bienaventuranza y los medios de ella, y por esto dice nuestro catecismo que esperar la bienaventuranza y los medios de ella, es lo que constituye la virtud de la esperanza. ¿Cuáles son los medios para adquirir esta bienaventuranza? Los que conducen eficazmente al hombre á satisfacer y merecer con su conducta; y como el hombre no puede con solos los recursos de la naturaleza ni satisfacer á la justicia divina por sus pecados, ni ameritar sus obras para el cielo, necesita contar con un ser divino que le introduzca en esta noble carrera que abrió Jesucristo Señor nuestro para restablecernos en la dignidad de hijos de Dios y reponernos en la posesion de los títulos para adquirir la bienaventuranza. ¿Cuál es este Ser divino? La gracia: porque gracia es, como lo enseña nuestro catecismo, *un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria.* Observad ahora, para formaros una idea completa de la accion de la gracia sobre la voluntad, cuáles son sus efectos. *¿Qué bienes, pues, nos vienen con esta gracia? El poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias.* Síguese de aquí rectamente que sin la gracia no hai bien en esta vida ni bien en la otra; y como el objeto de la voluntad es el bien, es claro que mientras aquella no cuente con la gracia, es impotente para su objeto. Luego una voluntad sostenida por la esperanza, tiene toda la perfeccion, pues cuenta con el poder para conseguir el bien que el entendimiento ilustrado por la fe le propone: luego la esperanza es la plenitud y perfeccion de la voluntad.

21. Pero, si no basta conocer para querer, ni querer para poder, como he tenido cuidado de advertirlo, tampoco basta, hijos carísimos, poder para querer, y en este punto el hombre muestra muy al vivo su semejanza con Dios. Dios lo puede todo, pero no lo quiere todo: así es que lo que puede, existirá ó no, según que quiera ó no, porque es infinitamente libre. El hombre no lo puede todo, porque es limitado, sino solo algo; pero este algo que puede, no precisamente lo quiere, y por esto él tampoco quiere todo lo que puede: un rico puede dar todo ó parte de sus riquezas; mas no porque lo puede, lo quiere. Luego no nos basta conocer el bien y poderle hacer, sino que es necesario que le queramos practicar: luego para la perfeccion del hombre no basta la plenitud de un entendimiento que conoce la verdad y la de una voluntad que conoce el bien y puede alcanzarle: es necesario, por ser libre, que pudiendo quiera, es decir; que se determine á practicar el bien que conoce con la fe, y puede alcanzar con la gracia. Veamos, pues, cómo en la caridad está la plenitud absoluta de la libertad humana.

22. ¿Qué cosa es caridad? Una divina virtud que nos hace *amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.* Es virtud, porque se sostiene á fuerza de vencimientos, constituye un hábito intrínsecamente bueno y se practica con mérito: es divina, por que tiene á Dios por causa, por medio y por fin; por que solo él puede infundirla, solo su gracia puede sostenerla, y solo su union con la creatura puede consumirla. Por ella amamos á Dios y le amamos sobre todo. Lo primero la distingue de las otras virtudes, lo segundo la distingue de las otras especies de caridad. Se

ha dicho tambien que amamos por ella al prójimo como á nosotros mismos, para que se entienda, que ni el amor de nosotros mismos ni el que tenemos á los otros reconocen otro principio ni otra causa eficiente que el amor de Dios. ¡Admirable sabiduría! Todo se encuentra aquí en su número exacto, en sus relaciones esenciales y en su unidad perfecta. Nuestros semejantes no pueden aspirar á mas que nosotros mismos; nosotros mismos no podemos rehusarles los títulos que tenemos á la felicidad; pero ellos y nosotros, seres contingentes, limitados, imperfectos, sujetos á las leyes de la creacion, subalternos en la escala de los seres, debemos inclinarnos, en cuanto somos y podemos, bajo la superioridad y perfeccion infinita de aquel, á quien exclusivamente tocan y pertenecen el ser, la gloria, la magestad, la independencia, la felicidad. Ahora bien, amarnos á nosotros mismos en el orden de la gracia; amar como á nosotros al resto de los hombres; amar á Dios sobre nosotros mismos, sobre todos los hombres, sobre todo lo creado, sobre todo lo posible: he aquí la lei universal, la caridad en su esencia, la legislacion en su fuente, la felicidad en su principio, en su medio y en su fin.

23. Estas breves reflexiones manifiestan que la caridad no es un sentimiento natural del corazon, sino una virtud infusa, y sus obras están representadas en la plena conformidad de nuestra conducta con la lei divina. Esto solo bastaria para que conociéscis lo que os anuncié al principio, y es, que la caridad es la perfeccion de nuestra libertad moral. Pero demos algunos pasos todavía. Os he dicho en primer lugar, que la voluntad tiende espontáneamente al bien; en segundo, que nada abraza sino bajo la razon de bien, nada repele sino bajo la razon de mal; en tercero, que por lo mismo ni el bien que practica es siempre un bien verdadero sino solo aparente, ni el mal que detesta es siempre un mal verdadero, sino solo aparente; en cuarto lugar, que para practicar el verdadero bien, necesita conocerle, poderlo y quererlo. Conoce el bien y el mal por la lei; le quiere y puede por la gracia; mas como la gracia no destruye la libertad, es necesaria una regla para que la libertad se decida por el verdadero bien. Y como la regla del bien es la lei divina, la perfeccion de la libertad está cifrada en el cumplimiento de esta lei. Recordad ahora que el cumplimiento de la lei es la residencia y dominio de la caridad en el hombre, porque *¿quién tiene mayor caridad? El que mejor guarda los mandamientos.*

24. Os he demostrado en esta octava instruccion dos cosas: primera, que las obras de fe, esperanza y caridad son necesarias; segundo, que son suficientes *para amar y servir á Dios en esta vida* como quiere y debe ser amado y servido. Réstame solo hacer os un oportuno reparo, para impedir cualquiera oscuridad que pudiera disminuir los efectos de esta doctrina.

25. El Padre Ripalda, en la pregunta que ha servido de asunto á esta instruccion, usa de una palabra que acaso podria dar motivo para creer que si la fe, esperanza y caridad son necesarias, no por esto son suficientes. ¿Cuál es esta palabra? El adverbio *principalmente*: *¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?* pregunta, y responde: *con obras de fe, esperanza y caridad.* Luego estas tres virtudes, podria replicar alguno, son lo principal pero no el todo, y como para Dios no hai estas divisiones, y para gozarle todo es necesario servirle en todo y con todo, podria creerse que quien posee las



tres virtudes dichas no sirve á Dios en todo, por todo y con todo, sino solo en lo principal; y como en la gloria no puede separarse una parte principal, habria el inconveniente que desde luego se palpa. ¿Cómo explicar pues la palabra de nuestro catecismo? ¿Arguyendo acaso de error al maestro sapientísimo que le compuso? ¡Dios me libre! Seria esto, no lo dudéis, una injusticia. ¡Sosteniendo por ventura que la fe, la esperanza y caridad no son suficientes para servir á Dios y ganar la vida eterna! ¡Lejos de nosotros un error tan grosero y tan impío! No: la explicacion es otra, vedla aquí. La fe, la esperanza y la caridad pueden considerarse bajo dos aspectos; uno general en toda su extension y comprension, y otro especial en sus determinados objetos. Vistas las cosas en general, puede y debe decirse que las tres virtudes son el todo, y aun una sola de ellas en toda su fuerza y con toda su vida moral, es el todo: la fe, por ejemplo, cuando está representada en nuestro entendimiento, que cree la doctrina de Jesucristo, en nuestra voluntad que quiere y puede practicarla, y en nuestra libertad que de hecho la practica, ella es el todo, y en este sentido decia el Apóstol que "el justo vive de la fe;" pero estrictamente tomada consiste solo en creer; y como puede uno creer sin esperar y sin amar, puede haber fe sin esperanza y caridad. La esperanza es perfecta y formada cuando no solo se espera, sino se obra conforme á la lei para esperar con título; en este caso la esperanza representa las tres virtudes: pero como puede esperarse sin amar y sin cumplir la lei, puede haber esperanza sin caridad, aunque nunca sin fe, pues en ningun caso puede esperar el que no cree. La caridad es el amor á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, y se manifiesta en la fidelidad del hombre para cumplir la lei de Dios; y como mal podria decirse que ama á Dios el que no cree en su palabra ni espera sus promesas, como ya os lo manifesté en el número 17, claro es que la caridad en esta vida supone de tal suerte la fe y la esperanza, que sin ellas no puede existir: luego la caridad en esta vida representa las tres virtudes. Digo en esta vida, porque en la otra la caridad no necesita y de hecho no trae consigo la fe ni la esperanza, ¿Por qué? Por que la fe y la esperanza son virtudes de la tierra y no del cielo. Fe es creer lo que no se ve, y en el cielo se ve todo, pues que se ve á Dios en sí mismo, que es el objeto de la fe: esperanza es aguardar lo que no viene todavía, pero se cree que vendrá, y en el cielo ya nada se espera, porque todo se goza. La caridad es amar á Dios sobre todo; y como el amor divino cuando no puede perderse vive tanto como el objeto amado, y Dios á quien se ama es eterno, la caridad en el cielo vive por toda la eternidad sin los velos de la fe, sin la expectativa y los temores de la esperanza. Ved pues, cómo en esta vida la sola caridad supone todas las virtudes, porque todas se animan de ella, y con ella se prueban y en ella se contienen. El apóstol San Pablo explicó perfectamente este mismo concepto á los fieles del Corinto en el capítulo decimo tercio de la primera epístola que les dirigió. "La caridad nunca fenece, dice: "en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la ciencia. Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto... Mas, llegado que sea "lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto... Al presente no vemos á Dios sino como en "un espejo y bajo imágenes oscuras: pero entónces le verémos cara á cara. Yo no le "conozco ahora sino imperfectamente: mas entónces le conoceré con una vision mas cla-

"ra, á la manera que yo soi conocido. Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la "esperanza y la caridad: pero entre ellas la caridad es la mas excelente de todas." Ved pues aquí, amados hijos cómo en esta vida mortal deben permanecer, es decir practicarse todas estas tres virtudes, á pesar de ser la caridad mas excelente: ved cómo la excelencia de la caridad consiste en que ella en esta vida supone precisamente las otras dos virtudes, y que en la otra las sobrevive, por ser eterna miéntras que las otras dos solo pertenecen al tiempo. Mas no porque la caridad suponga las otras dos virtudes durante la vida, se dice que la caridad es fe, ni porque la fe viva se extiende á las otras dos se dice que sea esperanza ó caridad. Luego cuando nuestro manual catecismo usa de la palabra *principalmente*, refiriéndose á la fe, esperanza y caridad, toma estas virtudes estrictamente y no en la totalidad de su extension, y esto lo hizo discretísima y mui acordadamente, porque dirigiéndose no á los teólogos, sino á los niños é ignorantes, debia prevenir cualquiera dificultad como lo habria sido el hablar de un modo absoluto. En efecto, si no hubiese usado de la palabra *principalmente*, la gente ruda hubiera creido, ó que las virtudes morales no tienden al servicio de Dios, ó que tendiendo á este santo servicio, no por esto habia el deber de practicarlas. Yo empero he generalizado la idea: he tomado las virtudes con todo lo que suponen y en toda su extension; y hablando en tal sentido, no solo he podido sino que he debido decir: en primer lugar, que las obras de fe esperanza y caridad son necesarias; y en segundo, que son suficientes.

26. Explicado pues, lo que me proponia enseñaros, amados hijos, y puesta de manifiesto la conformidad y armonía que tiene mi explicacion con la pregunta del catecismo, solo me resta exhortaros vivamente, como lo hago lleno de solicitud por vuestra eterna felicidad, á que nunca perdáis de vista la necesidad estrecha que tenemos todos de obrar consecuentes con nuestra vocacion de cristianos, no solo creyendo lo que Dios dice, ni solo esperando lo que promete, sino amándole sobre todas las cosas y amando á nuestro prójimo como á nosotros mismos; en suma, sirviendo á Dios con obras de fe, esperanza y caridad, único medio de servirle como se debe, para conservarnos unidos con Su Magestad Santísima durante la carrera veloz de nuestra vida, y tener la incomparable dicha de verle cara á cara, verle como es en sí mismo, amarle sin cesar, poseerlo y gozarle por los siglos de los siglos.